

los Flaminius, los Metelos y los Escipiones. La caballería ibérica, los infantes celtíberos, los honderos de las Baleares, fueron de los que mas contribuyeron á tejer los laureles del gran general cartaginés en Italia.

Pero la política romana, equitativa y civilizadora, se anunció desde la segunda guerra púnica tan beneficiosa á España, que aun en medio de las ruidosas victorias de Anibal fué fácil predecir que serían en breve romanas sus mejores y mas cultivadas provincias. Mucho honor hizo á Roma por cierto el ejemplar desinterés de sus gefes y soldados, despues de la inmensa derrota que los dos Escipiones causaron á Himilcón robándole la obediencia de todos los pueblos de Iberia hasta entonces neutrales, cuando los vencedores, al dar parte al Senado de su inaudito triunfo, le anunciaron al mismo tiempo que así el ejército como los procónsules estaban enteramente desnudos, sin dinero, sin viveres y sin bagages. Singular contraste formaba esta heroica moderacion de los buenos tiempos de la república con la habitual rapacidad de los Cartagineses, cuyo gobierno no reconocia mas norma que las despiadadas máximas mercantiles. Los Romanos entonces se guiaban por principios que no podian menos de seducir á los Españoles: por principio y por espíritu patrio, solo pedian á las naciones su influencia política respetando su religion, sus leyes, sus costumbres, favoreciendo su industria y su comercio, de que ellos no se curaban. Este sistema despojaba á la conquista de toda dislocacion material y tenia que ser aplaudido aun por los pueblos mas atrasados, amigos siempre de su quietud y de sus tradiciones. Así se explica el rápido engrandecimiento del pueblo romano, haciendo en todas partes súbditos que se figuraban ser meramente sus aliados, y tratándolos con tanta superioridad, que ni contacto tenia con ellos y los dejaba en posesion de los bienes de la vida con tal de que se resignasen á perder su nombre de nacion.

La posesion de la Bética sin embargo era la mas difícil de arrancar á los Cartagineses: para conseguirlo fueron necesarias toda la solercia, toda la prudencia, toda la pericia, toda la buena suerte del jóven P. Cornelio Escipion, de quien parecia enamorada la fortuna, tan versátil de suyo, y todo el desaliento que en los penos encargados de la defensa de aquel territorio infundieron los reveses de Anibal y Asdrúbal en Italia.

Las colonias de los Cartagineses en la Bética no se limitaban al li-

toral: debía haberlas también en el interior, puesto que tal venía á ser la población de Jaen (Oringis) cuando se apoderó de ella Lucio Escipion despues de la fuga de Asdrúbal Gisgon á Cádiz. Por lo que hace á la region meridional, puede asegurarse que era ya una verdadera provincia cartaginesa. Pero el poderío de Cartago en España tocaba á su término: las rápidas victorias de los Escipiones, la defeccion de Masinisa, las voluntades que forzosamente habian de granjearse entre los valientes Iberos unos caudillos que en las poblaciones entradas á viva fuerza respetaban siempre las vidas y haciendas de los naturales sin encarnizarse mas que en los Cartagineses, le redujeron en breves años al mero recinto de Gades. Llegó un día en que Asdrúbal Gisgon abandonó sus muros para ir á buscar en la corte del rey de Numidia un auxilio sin el cual no creía poder esquivar la completa derrota que le amagaba, y aquel día, encontrándose en la mesa del rey bárbaro con el mismo general romano ante el cual habia huido en la Bética, comprendió que la república de Cartago iba á verse acometida en sus propias fronteras, y que ya para ella no habia esperanza. Vuelve sin embargo el hijo de Gisgon á España á consumir el sacrificio que de él reclama su patria; vuelve también Escipion á consumir su próspera conquista; algunas poblaciones españolas, fieles á la alianza jurada, Illiturgis, Castulo, Astapa, Córdoba, Ilipula y Sevilla, caen á las embestidas del romano; la primera, escepcion única á los ojos del generoso Escipion, en su política de clemencia y olvido, pagó con su completo esterminio una antigua violacion del derecho natural: sus habitantes, sin distincion de sexo ni de edad, fueron pasados á cuchillo, sus edificios todos entregados á las llamas; sus mismos escombros fueron removidos, y el suelo que habia sustentado sus murallas fué arado y sembrado de sal (1). La tercera, Astapa (hoy *Estepa la vieja*), creyó deber imitar el gran suicidio de Sagunto; sus pobladores, despues de una desesperada defensa, juntaron en una pira todos sus tesoros y esclavos, pegáronla fuego, y se arrojaron á la inmensa hoguera con sus hijos y mujeres entregando á los vencedores legionarios de Marcio un repugnante monton de humeantes destrozos, cenizas y sangre. Durante las guerras púnicas tendrá que consignar la historia atónita nuevos rasgos como este de resistencia

(1) Se ignora el sitio donde descolló la antigua Illiturgis. Aquel tremendo castigo le fué impuesto por Cornelio Escipion por haber degollado años atrás á los Romanos refugiados en ella despues de la derrota de Publio Escipion.

hasta la muerte y fidelidad acrisolada en los heroicos hijos de Iberia: solo ellos entre todos los pueblos de la antigüedad prefieren la muerte á la esclavitud. Castulo (hoy *Cazlona*) debió á la magnanimidad de Escipion el salvarse entregando prisionera la guarnicion cartaginesa.

La ciudad de Gades, emporio de la civilizacion y del comercio cartaginés en España, y la primera de sus colonias desde la toma de Cartagena por los Romanos, no ofreció la resistencia que de ella debia esperarse. El Senado de Cartago habia resuelto abandonar definitivamente la España sacando de ella todos los recursos posibles para una última tentativa en Italia: el gobernador Magon recibió orden de salir de Gades con su escuadra dirigiéndose á Génova, engancharo á su servicio gente de las Galias y de la Liguria y marchando en seguida sobre Roma, y el primer preparativo de su expedicion fué despojar á los Gaditanos de cuanto oro y plata tenian, echando mano al tesoro público y saqueando los templos de los dioses, sin respetar siquiera el de Hércules. Encomendó la custodia de la ciudad á Masinisa, vendido ya secretamente á Roma, zarpó con direccion á Cartagena, intentó en vano recobrar este puerto, y repelido por los Romanos, tuvo que retroceder á Gades. En su ausencia, como era de esperar, la poblacion habia sacudido el yugo cartaginés, así que al presentarse de nuevo á ella le cerró las puertas. Tomó tierra Magon en el pequeño puerto de Ambis, de la misma Isla, manifestó á los Gaditanos su deseo de tener una conferencia con sus magistrados, y aquellos se los enviaron confiadamente: cuando los tuvo en su poder, los mandó crucificar y desollar á fuerza de azotes, y hecho esto volvió á darse á la vela. Así se despidieron los taimados Cartagineses de la incauta España: así pagaron los sacrificios que por su prosperidad habia hecho franqueándoles sus tesoros y su sangre.

Quedaba en poder de los Romanos la España cartaginesa, esto es, la Bética y las ciudades del litoral desde Cádiz hasta Tarragona. En las demás provincias, especialmente en la España interior y en la lusitana, se los trataba solamente como aliados ó como enemigos. Para sojuzgarlos tenia que hacer Roma inauditos esfuerzos y sacrificios, y esta grande empresa, que iba á durar cerca de dos siglos, empezaba ahora para no terminar sino en tiempo de Augusto. Pero los hechos memorables de los Celtíberos y Lusitanos no entran en nuestro cuadro.

En el horizonte de la Bética romana vemos figurar desde el momen-

to de la espulsion de los Cartagineses poblaciones que ya existian en tiempo de estos, y de las cuales sin embargo no nos daba noticias ninguna historia escrita. Vemos que el vencedor de España Cornelio Escipion, antes de separarse de sus veteranos para ir á Roma á recibir los honores del triunfo que le concedió la república, los reúne en *Sancios*, poblacion risueña de delicioso clima cerca de Hispalis (Sevilla), para que recobren en ella su salud los heridos y mutilados; y para perpetuar la memoria de los solaces que presume ha de proporcionar á los valientes guerreros de Italia, le muda su nombre por el de *Itálica*, aumenta su poblacion, é inaugura para ella una nueva vida de prosperidad y de honores. Los historiadores y geógrafos griegos y latinos son los que nos dán á conocer la Bética antigua, porque los pueblos que antes la dominaron, como meros traficantes, no se curaron de escribir los anales de su existencia social.

Pero admira menos el silencio de los antiguos pobladores de esta hermosa region respecto de sus fundaciones, que el ver de golpe aparecer en ella á la luz que difunde la cultura de los nuevos dueños, cerca de doscientas ciudades, de origen mas ó menos antiguo, y florecientes la mayor parte de ellas á pesar de la ruinoso administracion de los pretores.

La Bética, como toda la Península sometida, no tuvo hasta el tiempo de Augusto otro gobierno que el militar, el cual revistió en breve todo el carácter de arbitrario y despótico que esta clase de regimien-
to lleva consigo; por mejor decir, su único gobierno empezó á ser la voluntad y el capricho de los hombres prepuestos á la gestion de los públicos negocios por el vencedor. Así las ciudades españolas, á pesar de algunos decretos del Senado, siempre desobedecidos, no lograron tener parte en la pública administracion: los mismos magistrados de las poblaciones de primer orden se veían coartados en sus justas quejas por la presencia de los déspotas armados prontos á sostener la injusticia con la fuerza. Consideraban los Romanos la España como una fuente inagotable de riquezas: era para ellos, dice con acierto un moderno historiador, lo que despues vino á ser la América para los Españoles. Los tributos que pagaba la Península ibérica, por lo comun en productos territoriales, fueron á veces suficientes para alimentar á la Italia entera. Agréguese á esto que los generales romanos, usando del derecho de guerra á su antojo, y los pretores con sus es-

candalosas depredaciones, esquilmban el país sacando de él riquezas infinitamente superiores á las que ingresaban en el tesoro público de Roma. El fruto de la rapiña y de las injustas exacciones impuestas á los vencidos engrosaba á las familias patricias que componian el Senado; ¿qué procónsul, qué pretor, qué general de la república no tenia en el Senado parientes ó valedores? Lucio Léntulo sacó de España 2450 libras de plata, con cuya suma compró una ovacion, ¡y por poco no logra que le decreten el triunfo! Cneyo Léntulo recogió 1515 libras de oro, 20000 de plata, y 34500 monedas de plata acuñadas. L. Stertinio sacó 50000 libras del mismo metal, ¡y á su vuelta á Roma obtuvo tres arcos de triunfo! No son menos célebres las depredaciones de los Galbas, Crasos y Lúculos, con las cuales no solo pagaron sus triunfos, sus consulados, el poder y privilegios de todo género que adquirieron, sino que además les sirvieron para figurar entre los mas poderosos ciudadanos de Italia. No se comprende en verdad cómo pudo florecer un país sujeto á extranjeros animados de semejante espíritu de rapiña, consagrados á desustanciarle y á considerarle como la presa predestinada de su insaciable codicia. Verdad es que la España de aquellos tiempos abrigaba riquezas inauditas, y de esto tenemos numerosos testimonios. Amilcar Barca, el padre de Anibal, halló á los Turdetanos sirviéndose de pesbres y cántaros de plata, y Appiano consigna este hecho como notable en una época en que era muy común revestir de metales preciosos las vigas de los techos y las paredes de las casas; por donde podemos colegir que en Turdetania el oro y la plata se empleaban con mas profusion que en Persia y en Egipto. Plinio hace mencion de las manillas y brazaletes celtibéricos que usaban á competencia con las damas romanas los tribunos, y es muy frecuente en la historia de Roma que entre las riquezas sacadas de España por los que han ejercido en ella algun cargo, figure un prodigioso número de coronas y aros de oro, de los que se usaban en Iberia como adorno comun de las imágenes y de las personas en todas las ocasiones medianamente solemnes. Estos aros de oro se gastaban con tanta profusion como hoy los broches y alfileres: ponianse en la cabeza, en las manos, en el cuello, en la vestidura. Eran además de plata y oro en algunos países de España los muebles y utensilios destinados á los usos mas vulgares. Y si esto mismo sucedia en Roma, donde eran comunes entre la gente acomodada los vasos de plata de todas clases, las palancanas de ciento y de quinientas

libras, y las camas del propio metal, dándose como se daba á la España en la antigüedad la prerogativa entre las naciones ricas en metales preciosos (1), no iremos descaminados en suponer que la parte mayor del oro y plata que en sus lujosas superfluidades consumia la orgullosa Roma, salia de las entrañas de nuestro suelo (2). Con la abolicion temporal de la pretura el año 171 antes de J. C. debieron mitigarse un tanto las espoliaciones que sufrían los españoles. ¿Cuáles no serían estas cuando el mismo Senado, que por lo general patrocinaba á aquellos autorizados depredadores, no pudo oír sin indignacion el relato de los robos y concusiones de Furio Philon, gran ladrón cuya repugnante figura solo encuentra en toda la historia romana una digna pareja en la colosal desvergüenza de Verres?

En este mismo año 171 antes de J. C. (582 de Roma) vió la Bética establecerse en Carteya la primera colonia romana á peticion de los hijos habidos por los soldados de los Escipiones en las mujeres españolas. Eligieron aquella ciudad semigriega en las cercanías del Estrecho porque era desde ella mas fácil la comunicacion con Roma por la via marítima, y allí comenzó la fusion, digámoslo así oficial, de una sangre más en la raza de los Tartesios (3), ya antes mezclada con la de los varios inmigrantes á quienes habia acogido. La sangre romana estaba destinada á prevalecer en la Bética: á la instalacion de Carteya sigue

(1) Esto quisieron significar los griegos y latinos cuando dijeron que en España habitaba Pluton, dios de las riquezas.

(2) A este mismo concepto alude aquel pasage del lib. 4, cap. 8 de los Macabeos: *Et audivit Judas nomen romanorum... quia sunt potentes viribus... et quanta fecerunt in regione Hispania, et quod in potestatem redegerunt metalla argenti et auri que illic sunt.*

Claudiano canta con entusiasmo la riqueza natural de España diciendo (Carm. 29, v. 50.):

*¿Quid dignum memorare tuis Hispania terris?
Dives equis, frugum facilis, pretiosa metallis.*

(3) Conviene recordar que los Tartesios eran los Turdetanos pobladores de la costa desde el Bétis hasta el Estrecho, y que este nombre de Tarteso no particulariza tribu ó nacion diversa de las otras gentes que poblaban la España, sino que espresa un concepto puramente geográfico significativo de la posicion occidental respecto del mundo antiguo. Véase pág. 27.

Téngase tambien presente que el nombre de Tartesio era al mismo tiempo apelativo de todos los pobladores de la estensa comarca referida, y propio de los habitantes de Carteya, á quien los griegos mudaron el nombre en Tarteso despues de destruida la primitiva ciudad así llamada entre las dos bocas ó brazos del Bétis.

Finalmente es bueno advertir que siguiendo á Estrabon, aclarado é interpretado por Vamba, no reconocemos en la Bética de que en este tomo tratamos, comprensiva únicamente de las dos provincias de Sevilla y Cádiz, mas nacion que la de los Turdetanos desde el Guadalquivir al Estrecho.

las de otras colonias; todo lo invade la influencia de Roma en aquella hermosa provincia, la cual en la tremenda guerra que mueven contra la prepotente dominadora los indomables Lusitanos y Celtíberos, permanece estraña á la formidable liga de las razas españolas del interior. Ni Punico, ni Caro, ni Viriato, lograron con su ejemplo suscitar en ella caudillos que sacudiesen el yugo de los procónsules y pretores; ni siquiera la heroica resistencia de la inmortal Numancia prolongada por espacio de veinte años, la pudo mover á tomar parte en aquellas luchas épicas de la España amante de su independendencia, cuyo relato llena los libros de Tito Livio, Polibio, Appiano, Floro, Paulo Orosio y tantos otros.

¡Cuántas veces resonó allende los montes Marianos el santo grito de independendencia! Pero ella siempre lo escuchó con apatía: aquellos Turdetanos tan amantes de su libertad en otros tiempos, parecen ya avezados al yugo, y en vez de secundar los nobles esfuerzos de los otros españoles, auxilian y dán cuarteles de invierno á sus enemigos. Ya vendrán de vez en cuando los ejércitos de Viriato á castigar su criminal apego á los estraños: ya caerán como bramador torrente sobre sus ciudades cuando dén asilo á los legionarios romanos vencidos en veinte funciones por los *bandoleros* Lusitanos (1). Refúgiense en buen hora en Carteya el ejército disperso de Vetilio: acudan á reforzar al aturrido cuestor los mal aconsejados Tartesios; pronto aquel intrépido caudillo los esterminará sin dejar uno solo que lleve á la ciudad la noticia del desastre. Pues cuando envíe Roma al cónsul Fabio Emiliano á España y este acampe en Urso (2) reuniendo á sus tropas y á las de Lelio las que le mandan las ciudades circunvecinas aliadas de la república, todos los holocaustos ofrecidos á Hércules en el templo gaditano no evitarán que su lugarteniente sea derrotado y puesto en vergonzosa fuga por ese mismo Viriato cuyo nombre hace ya fruncir el ceño al Senado romano. La infame alevosía de Cepion podrá privar á la Lusitania de su general invicto: el júbilo de la venganza prorumpirá tal vez en Ituca, Gemela, Escadia, Obulcula y Buccia (3), poblaciones de la

(1) Al principio de la guerra de los Lusitanos, los Romanos la daban el nombre depreciativo de *guerra de bandoleros*; pero cuando los triunfos de Viriato alarmaron y pasmaron al Senado, ya se la empezó á considerar de otra manera.

(2) Hoy Osuna.

(3) Es desconocida en rigor la situación que estas cuatro últimas poblaciones ocupaban, si bien Masdeu y Florez las reducen á los lugares que hoy ocupan Martos, Escua,

Bética que han pagado con sangre el placer de vivir á la romana; pero antes de dispersarse sus valientes soldados por las gargantas de su montuoso suelo nativo, huérfanos del que era á un mismo tiempo su padre y su caudillo, harán en aquel aborrecido teatro de tantas nacientes colonias de Roma una incursión desesperada llevándolo todo á sangre y fuego en su triste y furibundo despecho. En el territorio de la Bética, como provincia declaradamente romana, han de descargar también por necesidad las implacables iras de todos los partidos beligerantes durante las civiles contiendas de Mario y Sila, de César y Pompeyo.

Sombra colosal que no llegó á tomar cuerpo, apareció dos veces en la Iberia como esperanza de salvación para sus pobladores, primero alzándose sobre las morigeradas y belicosas tribus de los Celtiberos, luego tomando tierra en la desembocadura del Bétis al cabo de una desesperada lucha con las ondas del Mediterráneo, la grande y noble figura de Sertorio (1): genio fugaz que presumió con justicia poder hacer de España una nueva Roma mas virtuosa que la que producía Crasos y Silas, y que al desaparecer á impulso de aquella misma perfidia contra la cual se había armado, la dejó sumida en el abismo de la esclavitud. Vedle en la España citerior, pretor proscrito por el dictador Sila, acogido y aclamado con entusiasmo por los pueblos que gimen bajo el yugo de los gobernadores, y por los romanos mismos; en su hermoso semblante melancólico, espejo de aquella alma grande y apasionada por el bien de la especie humana, pero al propio tiempo ocasionada al desaliento y poco segura del porvenir, ¿quién no descubre, permitasenos esta atrevida frase, una creación prematura de Dios, una especie de enigma de la Providencia que suscita fuera de tiempo un hombre capaz de hacer de la península ibérica la primera nación del universo? Su primer cuidado es disminuir la carga de los tributos que agobia á aquellas generosas tribus, á quienes solo trata como aliados voluntarios: los Celtiberos reconocidos corren á alistarse bajo sus enseñas: nunca se vió entusiasmo tal por un caudillo extranjero, jamás se levantó en armas con tanta uniformidad y acuerdo la indócil gente española. Han comprendido que Sertorio anhela su bien y su engrandecimiento, y desde

Porcuna y Baeza. En cuanto á la primera, Ituca, hay razones para suponer que estuvo entre Martos y Espejo, que fué la colonia denominada por Plinio *Virtus Julia*, y que otros autores antiguos la llamaron indistintamente *Ituca*, *Ituci*, *Ityci*, *Itucci* y *Útica*.

(1) Fué muchos dias juguete de la mar en una desecha tormenta entre Ibiza y el Estrecho cuando vino por última vez á España. Romey, t. 4, cap. V.

el Pirineo al Tajo todas las tribus de Celtiberia y Lusitania se aprestan á recibir su ley. Frústrase esta primera tentativa por la mano aleve y cobarde de Calpurnio Lanario (1); el proscrito vencido piensa en su desaliento abandonar para siempre el pais amado donde le son propicios los hombres y contrario el cielo; tal vez como consuelo en sus tristezas acaricia la idea de ir á respirar en las *Islas Fortunadas* auras balsámicas que cicatricen su corazon ulcerado. Pero su genio belicoso y organizador le impele á probar nueva fortuna: las grandes formas politicas y administrativas, las instituciones sociales que su mente ha concebido para la prosperidad de su patria adoptiva, ¿habrán de disiparse en proyecto sin probar siquiera su ejecucion?... Los Lusitanos, cansados del imperio de Roma y resueltos á sacrificarlo todo por su independencia, le llaman con instancias. Acude Sertorio: las fuerzas de Cayo Annio habian sido grandemente reforzadas con gente de mar y tierra: — no importa; el sueño del proscrito iba á adquirir esta vez líneas de realidad. Preséntale Cota una batalla naval, y vence el enemigo de Sila: salta este en tierra, y á orillas del Bétis desbarata las huestes del pretor Didio mandándole dos mil hombres (2). Ya los romanos empiezan á oir su nombre con espanto. Tan dichoso es ahora en sus expediciones militares, que en muy pocos dias le contemplan Annio, Metelo y Q. Pompeyo dueño absoluto de la Lusitania y de la Bética. ¡Qué completa y maravillosa transformacion! Turdetanos, Celtíberos y Lusitanos son ya todos: por primera vez desde que pisan el suelo español los hijos del Tiber, se declaran unidos en intereses con los habitantes del Ebro y del Duero los viciados naturales de las tierras que riegan el Singilis (3), el Chryso (4) y el Bétis. Hirtuleyo, cuestor del ejército de Sertorio, derrota á Domicio y á Manilio. Los pesados legionarios del orgulloso Metelo, cargados de víveres y de herramientas (5), son vencidos por los ágiles y sueltos soldados españoles, que apetece mas la guerra que el repo-

(1) Desbarató Cayo Annio, dice Mariana, la guarnicion que Sertorio habia puesto en los Pirineos, dando la muerte á su capitan Salinator por mano de Calpurnio Lanario, su grande amigo, que le asesinó alevosamente.

(2) No se sabe precisamente en qué punto de la provincia de Cádiz alcanzó esta victoria.

(3) Hoy Genil.

(4) Hoy Guadalete.

(5) Cada legionario romano llevaba sobre sí, además de sus armas ofensivas y defensivas, grano para quince dias y todas las herramientas necesarias para los asedios de las plazas.

so (1), que hacen sus campañas sin provisiones, sin fuego y sin tiendas, que caen sobre las ordenadas cohortes de Italia como nubes de langostas sobre las lentas caravanas, que en los trances peligrosos se dispersan y desvanecen por las gargantas de las montañas, y que sin embargo saben mantener el campo á pié firme cuando el caso lo requiere (2). A pesar de la inquietud continua en que por el estado de guerra viven, los iberos gobernados por Sertorio entreven ya la iniciacion de una cultura que ni los mismos Turdetanos de los tiempos primitivos habian alcanzado. El caudillo que los hace triunfar en los combates, que los ha armado á la romana y repartido en legiones y centurias y confiado al mando de prefectos y tribunos militares; que para hermanar los usos de su patria nativa con las tradicionales costumbres de los españoles les permite armarse espléndidamente, sustituyendo á la severa sencillez del traje romano la lujosa túnica de color de púrpura con arreos sembrados de plata y oro; ese mismo guerrero que rivaliza con los Cartagineses en el lujo, se anuncia digno émulo de los Numas, Camilos, Decios, Escipiones y Gracos, como político y administrador. Evora y Osca se erigen á su voz en centros de civilizacion y gobierno, de donde parte el impulso para todas las artes de la paz, para la industria, la instruccion pública, el comercio. Evora ostenta su Senado, igual en atribuciones al de Roma; Osca es la grande escuela, la primera universidad española donde sabios preceptores traídos de Italia enseñan á la juventud ibera las letras griegas y latinas. Sila acaba de morir en Puzol, y Sertorio se ve libre de su encarnizado enemigo: Perpena, que presumió alzarse con el supremo mando en España, se ve precisado á poner á sus órdenes el ejército de quien esperaba ser aclamado caudillo: Pompeyo, esperanza de la aristocracia senatorial romana,

(1) Espresion de Justino: «Apetecen mas la guerra que el reposo: si no tienen enemigos por fuera, los buscan dentro.» Lib. 44, cap. II.

(2) «Los soldados españoles, dice Mariana hablando de los de Sertorio, no mostraban menos valor que los romanos, por estar enseñados á guardar sus ordenanzas, obedecer al que regía, seguir los estandartes los que antes tenian costumbre de pelear cada cual ó pocos aparte, con grande tropel al principio; mas si los apretaban, no tenian por cosa fea el retirarse y volver las espaldas.»

Una observacion análoga viene á consignar Julio César hablando de los soldados iberos de Afranio. «Tienen, dice, una táctica particular: lánzanse con impetu sobre el enemigo, apodéranse audazmente de cualquier posicion, y sin guardar formacion combaten por pelotones diseminados. Si se ven obligados á ceder á fuerzas superiores retroceden sin bochorno y sin creer su honor interesado en resistir con tenacidad. Los Lusitanos y demás gente bárbara los tienen avezados á este modo de pelear.» (César, de Bell. Civil, l. I.)